

# Editorial

“¡SI HUBIERAS PODIDO CONTEMPLAR el espectáculo que presentaba la ciudad en ese instante! La mueca trágica y el guiño cómico se miraban confundidos, como en los dramas de Shakespeare”, escribió Manuel Gutiérrez Nájera a propósito del temblor del 2 de noviembre de 1894, que dejaría su impronta en el Teatro Nacional, que fue clausurado por los daños y, al final, sustituido por el Palacio de Bellas Artes. Ciento veinte años después —y dos convulsiones más que dejaron herida a la Ciudad de México: 1957, donde se desploma la Victoria alada, y el tristemente ineludible fantasma de 1985—, a la una y catorce de la tarde del 19 de septiembre, la tierra se estremeció y con ella los modos de percibir nuestra ciudad y nuestra realidad.

Al lado de cada una de las historias y tragedias de los habitantes de la Ciudad —y de los estados afectados por el sismo: Oaxaca, Puebla, Morelos, Chiapas— nos encontramos con un panorama desolador: corrupción, prevaricación, rapacidad; pero en lúcido contraste, también, a una sociedad afanosa y vehemente; solidaria, fraterna y entrañablemente unida.

Ante esto, el desconuelo palideció. A la tristeza se enfrentó el ímpetu de las manos que levantaban piedras y puños que pedían silencio para los vivos; y se antepusieron, además, al cansancio y la fatiga, la voluntad de miles que encontraron modos diversos de ayudar, de informar y crear y consolidar vínculos. Mujeres y hombres que generosa y abiertamente se hicieron presentes.

*Casa del tiempo*, entonces, nos convocó para hacer una revisión de los sucesos que desde el 7 y 19 de septiembre se han presentado. De la crónica al análisis y de la historia de la Ciudad a las experiencias más íntimas y contrastantes, las plumas que se congregan en este número quieren ser parte de los testimonios: rostros, voces, palabras, acciones que reconstruyen, poco a poco, la memoria y los cimientos de nuestra maltratada y ancestral Tenochtitlan.

“Ha pasado ya la pesadilla, despertamos y volvemos en torno la mirada”, escribió el Duque Job en su “Crónica color de *bitter*”. Que sea esta una oportunidad para que el despertar nos conduzca a resignificarnos como sociedad. Que estas reflexiones contribuyan a dismantelar viejos vicios arraigados y vetustas estructuras. Deseamos, en suma, que estas nuevas formas de actuar formuladas por nuestra sociedad sean parte ya de nuestra cotidianidad, no sólo en la Ciudad de México, sino a lo largo y ancho de nuestra nación mexicana. 